

La experiencia del aborto en los hombres y los derechos reproductivos¹

Elsa Guevara Ruisenior

¹ Presentado en el VIII Congreso Latinoamericano de Medicina Social, La Habana, Cuba, del 3 al 7 de julio de 2000.

El debate ideológico, político y ético en torno al aborto se ha caracterizado por una omisión casi constante sobre el papel de los hombres como actores y copartícipes de estos procesos. La reciente atención al tema de la masculinidad y salud reproductiva significa un avance en la reflexión y la práctica política sobre los hombres y los procesos reproductivos. Desafortunadamente se ha generalizado una postura acrítica que destaca la necesidad de enfocar ahora los esfuerzos hacia los hombres sin considerar la forma en que esto impacta el sistema genérico de relaciones. Es el caso de ciertos discursos sobre paternidad o las versiones andróginas de "la nueva masculinidad" que han fortalecido las ideas de victimización de los hombres y borrado de la agenda las asimetrías de poder con las mujeres. Uno de los argumentos más utilizados para justificar este sesgo se basa en las desventajas que representa para los hombres la experiencia emocional. Las representaciones sociales sobre los hombres como seres fuertes, independientes, seguros y con autoridad sobre los demás, han fortalecido la idea de que a los varones no se les permite expresar sus emociones o

de que la cultura les niega el derecho a la ternura; todo ello ha creado una serie de mitos sobre su vida emocional y se ha vuelto un nudo ciego para comprender las contradicciones existentes entre relaciones de poder y vida emocional.

Al resaltar los problemas de los hombres para expresar sus emociones, se ha oscurecido el hecho de que las emociones y sensaciones corporales con frecuencia están socialmente construidas al servicio del poder y la dominación. Coltrane² cita el caso de un estudioso que trabaja con hombres convictos por abuso físico de la siguientes manera: "Él interrumpe a los hombres cuando están presentando relatos de violencia y les pide que le den detalles de lo que están sintiendo en ciertos momentos clave. La emoción que escucha con más frecuencia, particularmente la que los hombres reportan sentir antes de golpear a las mujeres, es miedo" (1998: 39). Si el miedo en los hombres se puede traducir en violencia es porque las emociones también forman parte de esa estructura de poder en que están insertos. Así, mientras la cultura limita la expresión de ciertas emociones, también se promueve la expresión de otras que permiten a los hombres mantener su posición en las estructuras de dominación. Es decir, los varones —como todos los seres humanos— cuentan con un abanico muy amplio de sentimientos que van desde el amor y la ternura hasta la ira o el odio; pero las formas en que ellos sienten y expresan estas emociones forman parte de los dispositivos que los preparan para el ejercicio del poder y para mantener un espacio de reconocimiento en las redes de relación en que se encuentran in-

² Scott Coltrane. "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea", en *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 7, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1998, pp. 7-48.

sertos. Al mismo tiempo, reflejan la forma en que ellos han articulado esas formas de pensar y sentir con sus propias experiencias, vulnerabilidades y formas de relación social construidas a lo largo de su vida.

La pedagogización de la masculinidad se sustenta en prácticas, discursos y formas de pensar que moldean la vida emocional de los hombres bajo ciertos significados, espacios y disposiciones. Especialmente, crea condiciones de posibilidad para que se establezca una relación de distancia con aquellas experiencias emocionales que atentan contra el sentido de hombría, como son los sentimientos de dependencia y vulnerabilidad. Desde niños, dice Seidler,³ aprenden a sentirse orgullosos por no mostrarse asustados, por no llorar; aprenden a parecer invulnerables al dolor de los otros y a mantener la vida emocional bajo control.

³ Victor Seidler. *Rediscovering Masculinity. Reason, Language and Sexuality*, Routledge, Londres-Nueva York, 1989.

Muchas de las formas dominantes de masculinidad descansan en la interiorización de una gama de emociones "permitidas" como la ira y el enojo, mientras que otras se vuelven irreconocibles y no se les prepara para enfrentarlas. La habilidad que adquieren para no asumir ciertos sentimientos que los hace sentir incómodos, los impulsa a crear barreras emocionales ante ciertas situaciones; no pensar, no sentir, no conectarse ni reconocer los sentimientos o emociones de los otros es parte de este proceso. Así, en muchos casos, se genera una habilidad disminuida para la empatía, una incapacidad para experimentar las necesidades y sentimientos de los demás como algo relacionado consigo mismo y una limitación para leer o entender los sentimientos de las personas con quienes comparte su vida. El me-

nosprecio a la compasión como parte del sentido de honoraría tiene que ver con los rituales de construcción de la masculinidad que bloquean la capacidad para la empatía, para construir vínculos solidarios y para sentir el dolor del otro/a.

Esto es particularmente importante en su relación con las mujeres, no sólo porque ellas representan la antítesis de su propia identidad, sino porque, en los hombres heterosexuales, las mujeres son un referente central en la esfera de la intimidad, de manera que tienen que pactar con ellas su vida amorosa y sus opciones reproductivas. Su relación con las mujeres con frecuencia los obliga a negociar o reafirmar su poder en una lucha cotidiana que amenaza constantemente sus privilegios; pero también las representaciones sociales que tienen los hombres sobre las mujeres los lleva a sentir temor ante aquellos sentimientos que alteran la seguridad y la confianza en sí mismos. Por ello, muchos hombres pueden ser más solidarios con otros grupos subordinados que con sus compañeras, pues estos grupos no les disputan su poder ni los confrontan con sus propias contradicciones.

Este proceso no es meramente reactivo ni meramente consciente y calculado, sino producto de capacidades y disposiciones moldeadas por determinadas condiciones de existencia. Es decir, los hombres como todo agente social están dotados de *habitus* incorporados a los cuerpos por medio de experiencias acumuladas. Los *habitus* son sistemas de percepción, apreciación y acción que les permiten reaccionar ante cada evento dentro de ciertos límites.⁴ Tanto en la acción pedagógica diaria, como en

⁴ Pierre Bourdieu. *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999.

los ritos, las normas y la ley, las prácticas están delimitadas por su posición social como hombres, de manera que se vuelven irreconocibles sus efectos y ellos mismos no se percatan de la forma en que reproducen una realidad que en ocasiones genera poder y dolor al mismo tiempo. El poder social e individual de los hombres, dice

⁵ Michael Kaufman. "Masculinidad dominante, amedura que paraliza", en *Letra S*, suplemento mensual, *La Jornada*, núm. 5, México, 6 de abril de 2000.

Kaufman,⁵ es fuente de enorme temor, aislamiento y dolor para los hombres mismos y para las mujeres que se relacionan con ellos; pero también es motivo de placer y disfrute de privilegios.

Mediante las prácticas de género, hombres y mujeres constituyen y reconstituyen la estructura social y legitiman continuamente las relaciones de poder. Con todo, estas prácticas nunca ocurren en el vacío, siempre responden a situaciones y las situaciones están estructuradas en formas que admiten ciertas posibilidades y no otras.⁶

⁶ Robert Connell. "Men's Bodies", en *Masculinities*, Berkeley, 1995.

El poder se configura así, como asimetrías socialmente arraigadas, que hacen posible que algunas ca-

tegorías de individuos restrinjan o configuren las opciones y las acciones de otros y que estos otros no cuestionen tales asimetrías. Sin embargo, el poder no sólo se expresa como dominación y violencia, es más bien una fuerza maleable y móvil que adopta muchas formas diferentes y se ejerce mediante diversas prácticas y relaciones sociales que son vistas con frecuencia como nobles o agradables. Funciona mediante mecanismos complejos, traslapados y

⁷ Jeffrey Weeks. *Sexualidad*, Paidós-REG, México, 1998.

contradictorios que reproducen la dominación y las oposiciones, la subordinación y las resistencias.⁷

En el caso de la vida reproductiva, la dinámica en las relaciones hombre-mujer se vuelve más densa porque estos eventos ocurren en el cuerpo de las mujeres, al mismo tiempo que forman parte, material y simbólicamente, de la vida y las relaciones de los hombres. Los recientes avances en materia de derechos reproductivos han cambiado la correlación de fuerzas entre unos y otras, puesto que una de las razones para mantener las condiciones de privilegio y poder de los hombres se ha sustentado precisamente en el control sobre el cuerpo y la reproducción de las mujeres. Control que ejercen no sólo los individuos, sino que se objetiva de manera especial en las instituciones. Los derechos reproductivos se vuelven así un terreno en disputa que amenazan las raíces mismas del orden genérico. Para muchos hombres y para los grupos conservadores ligados a la jerarquía de la Iglesia católica, estos derechos representan una verdadera amenaza a su hegemonía que, al ver mermado su capital político, han emprendido una nueva cruzada en contra de todos los movimientos civiles que los reivindican.

Así, las nuevas demandas para incorporar a los hombres en los estudios de género han sido utilizadas por los grupos conservadores para refuncionalizar su discurso, revertir los logros del movimiento feminista y legitimar la imposición de acciones y decisiones sobre las mujeres. En México, a partir del periodo salinista, cuando se modificó el artículo 130 de la Constitución, para darle presencia legal a la Iglesia católica, se ha generado un reposicionamiento político de la derecha que, aunado a las asimetrías de poder ya existentes entre hombres y mujeres, ha hecho más difícil el avance en la

defensa y ejercicio de los derechos reproductivos para todas las mujeres. Una de las estrategias que empieza a ser acreditada precisamente para estos objetivos es hacer énfasis en la demanda sobre los derechos reproductivos de los hombres, a fin de ejercer un contrapeso a los avances logrados. Si bien en nuestro país no existe un movimiento por los derechos de los hombres como en Estados Unidos, donde éste es un movimiento abiertamente antifeminista, los grupos conservadores en México ya empiezan a demandar la paternidad responsable como un recurso para impedir el aborto y para cuestionar el derecho de las mujeres a elegir.

Ante este panorama, es necesario trascender la idea de que los derechos de los hombres y las mujeres necesariamente se contraponen. La tensión entre el derecho de las mujeres a la maternidad voluntaria y el derecho de los hombres a la paternidad, necesariamente tiene que negociarse y ha de hacerse sobre la base de un hecho incontrovertible: los procesos reproductivos ocurren en el cuerpo de las mujeres; ante un embarazo no deseado no existe opción que no tenga consecuencias para ellas en su salud o su proyecto de vida. Por ello, las demandas de las mujeres para decidir sobre su cuerpo y sus opciones reproductivas corren paralelas a la necesidad de que los hombres asuman su responsabilidad en el ejercicio de su sexualidad. Conciliar los intereses de hombres y mujeres no es una tarea imposible si se construye sobre el terreno de la solidaridad y la responsabilidad compartida. La conquista de estos derechos y el ejercicio de estas responsabilidades no son sencillos ni están asegurados, se requiere reunir fuerzas entre sujetos disímiles y crear un

frente común que permita reconocernos como aliados en una lucha que daña y lastima a unos y otras.

Conocer la forma en que los varones viven la experiencia del aborto es fundamental para desterrar mitos, para resignificar el espacio de la vida emocional y para generar estrategias de participación responsable en la salud reproductiva. La casi nula investigación en nuestro país sobre el tema, ha colocado a los hombres sólo como víctimas o victimarios sin considerar que existen puntos de encuentro entre las demandas y necesidades de ellos y entre las necesidades y los derechos de las mujeres.

De los pocos estudios sobre los hombres y el aborto se desprenden tres conclusiones importantes:

El deseo de los hombres para continuar o no un embarazo es determinante en la decisión de las mujeres para interrumpir un embarazo no planeado o deseado.⁸

⁸ K. Tolbert y K. Morris. "Los hombres y la decisión de abortar", presentado en el *Congreso Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción*, Zacatecas, 1995.

Las formas de responsabilidad que asumen los varones ante un aborto inducido se encuentran íntimamente vinculadas al tipo de relación amorosa y de conyugalidad que mantienen con su compañera. Los hombres comparten más responsabilidades cuando el embarazo no deseado ocurre en relaciones formales (esposa o novia) y cuando la amaban mucho. En otros casos –relaciones ocasionales, de amantes o sin amor– brindaban un apoyo casi

⁹ Elsa Guevara R. "Amor y pareja en la responsabilidad de los hombres frente al aborto", en *ASER-CES-CNEP, Avances en la investigación social en salud reproductiva y sexualidad*, Buenos Aires, 1998.

¹⁰ Elsa Guevara R. "La corresponsabilidad ética de los varones frente al aborto", presentado en *Primeras Jornadas Australes Interdisciplinarias sobre Mujer y Desarrollo*, Facultad de Medicina, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1999.

nulo que consistía, en la mayoría de los casos, en algún aporte económico.⁹

La participación responsable de los hombres ante el aborto es producto no sólo de la personalidad individual (responsable o irresponsable), sino del conjunto de poderes que entran en juego en función de la posición que ocupe uno y otra en cada relación específica. De ahí que un hombre pueda asumir una participación responsable en una relación y actuar de manera totalmente opuesta en otra.¹⁰

Vincular el tema de la responsabilidad de los hombres a los derechos de las mujeres es un punto medular en cualquier proyecto de justicia social, y para ello se requiere ampliar nuestros márgenes de comprensión sobre la forma en que ellos viven estos procesos.

Objetivo

Conocer el tipo de sentimientos que suscita en los hombres la experiencia del aborto, a fin de saber cómo lo viven, cómo opera y con qué efectos sobre las necesidades y derechos de las mujeres.

Metodología

Se realizó una entrevista semiestructurada a 56 hombres residentes en la ciudad de México que contaban entre 19 y 44 años, con esco-

laridad universitaria y que habían vivido cuando menos un aborto inducido. El acceso a los informantes se logró por un muestreo "bola de nieve". La entrevista fue realizada por una investigadora y grabada con el consentimiento de los participantes.

Resultados

La media de edad que tenían los entrevistados cuando ocurrió el aborto fue de 25 años y la mayor frecuencia ocurre a los 23. De los 56 hombres entrevistados, 47 participaron en un solo aborto; cinco, en dos abortos; tres entrevistados, en tres abortos cada uno; y una persona narró su experiencia en cinco abortos con cinco compañeras distintas. En 65% de los casos fue un aborto quirúrgico; otro 20% recurrió a fármacos o hierbas; y en 14% de los casos el entrevistado no sabe cómo se realizó. En 51% de estos casos el entrevistado estuvo con su compañera al momento de practicarlo; 15% la acompañó a comprar los fármacos, y el 34% restante estuvo ausente en esta fase. En 68% de los casos los varones entrevistados no tomaron ninguna medida para prevenir el embarazo. En cuanto a las razones para recurrir a un aborto inducido, los datos obtenidos coinciden con los reportados por Tolbert, Ehrenfeld y Lamas,¹¹ quienes destacan que en América Latina para 30% o 40% de las mujeres, la decisión del varón es el factor determinante para no desear continuar un embarazo. En este caso, son los mismos hombres quienes corroboran este hecho.

¹¹ Kathryn Tolbert, Noemí Ehrenfeld y Marta Lamas. "El aborto en México: un fenómeno escondido en proceso de descubrimiento", en A. Langer y K. Tolbert. *Mujer: sexualidad y salud reproductiva en México*, Population Council, Oficina Regional para América Latina, México, 1996.

Cuadro 1 • Razones para recurrir a un aborto

| | N | % |
|---|----|------|
| <i>Factores externos a la relación</i> | | |
| • (Eran muy jóvenes, estaban estudiando, no era el momento) | 27 | 42 % |
| <i>Razones de él</i> | | |
| • (Él no estaba dispuesto a continuar un embarazo, ella no era la persona indicada, él no quería casarse) | 25 | 38 % |
| <i>Decisión de ella</i> | | |
| • (Quería seguir estudiando, tenía miedo a su familia, obstaculizaba su trabajo) | 12 | 18 % |
| <i>Familia</i> | | |
| • (Ella era muy joven y su familia tomó la decisión) | 1 | 2 % |

En cuanto a la experiencia emocional ante el aborto, el primer dato que destaca es que los hombres viven esta experiencia como un hecho que los impacta significativamente y en la mayoría de los casos representa un evento bastante desagradable. Contra la idea generalizada de que este hecho es experimentado por los hombres como algo ajeno o distante; en realidad, una buena parte de ellos lo viven como una experiencia emocional intensa que, en muchos de ellos, deja una huella importante en su trayecto de vida. De las 65 experiencias narradas sólo cuatro lo reportan como un hecho que les resulta indiferente o como un evento que no les merece mayor atención. Lo más significativo de la información proporcionada es el cúmulo de sentimientos que les provoca esta experiencia. Sentimientos que van des-

de la angustia más intensa, hasta una absoluta calma, así como sentimientos encontrados entre los deseos de ser padre y la negativa a asumir esa responsabilidad o entre el coraje por no haberse cuidado y la tranquilidad de que no hubiera complicaciones en la salud de su compañera. Por lo general los momentos previos están cargados de mucha tensión, pero una vez que ocurre la interrupción del embarazo y no hubo consecuencias negativas, entonces aparecen sentimientos de calma o bien de culpa o resignación.

Cuadro 2 • ¿Cómo te sentiste?

| | Frecuencia |
|---|------------|
| • Preocupado, angustiado, nervioso, desesperado | 30 |
| • Mal, muy mal | 15 |
| • Desconcertado, confundido, desubicado | 14 |
| • Bien, aliviado, tranquilo, descargado, en calma | 12 |
| • Enojado, traicionado, molesto | 12 |
| • Triste, impotente, deprimido, frustrado | 12 |
| • Culpable, arrepentido, con remordimiento | 7 |
| • Con miedo, asustado | 6 |
| • Indiferencia | 4 |

Del total de experiencias de aborto que reportaron los entrevistados, la gran mayoría se refiere a sentimientos de ansiedad; en segundo lugar reportan haberse sentido mal y en tercer lugar mencionan

sentimientos de desconcierto. Sin embargo, como señala Fernández Christlieb,¹² no existen sentimientos como objeto, existen sus situaciones. En este caso, la experiencia emocional que reportan responde a una gama muy amplia de situaciones y relaciones que le dan a cada una de estas experiencias un sentido específico.

¹² Pablo Fernández Christlieb. *La afectividad colectiva*, Taurus, México, 2000.

Así, en algunos casos la desesperación obedece al hecho de que el aborto se da en una relación informal, generalmente de manera simultánea a una relación formal, que podía ser descubierta; en otros, la desesperación responde a la profunda preocupación de exponer a su pareja a un aborto clandestino. Algunos se sienten mal por ver frustradas sus aspiraciones de continuar el embarazo y otros reportan sentirse mal porque no encuentran redes de apoyo que les sirvan de soporte. Éstas son sus palabras:

[Cómo se sentiste?] "Desesperado y angustiado, creí que en cualquier momento mi novia se iba a enterar" (19 años, soltero, católico, sin hijos).

"Me sentí muy nervioso, muy preocupado por lo que pudiera pasarle a ella" (21 años, soltero, católico, sin hijos).

"Muy mal, ahí sí me sentí muy mal.. con ella hubiera deseado que continuara el embarazo, y bueno, la posibilidad de tener un bebé con ella me hacía sentir muy bien" (33 años, unión libre, sin religión, dos hijos).

"..pues mal, como que me sentía aislado, o sea, yo tenía parte en el problema pero muy al margen de lo que pudiera pa-

sar... o sea me sentía mal. Me sentía confundido.. es que por lo menos ella pudo platicar con alguien y yo realmente no pude platicar con nadie más, ella sí tenía apoyo, si no era el mío era el de una amiga, un familiar, en cambio yo no pude hablar con nadie más de esto. Me sentí triste' (24 años, soltero, sin religión, sin hijos).

La experiencia emocional es importante no sólo por lo que representa para la integridad de los hombres, sino también porque los sentimientos operan como mecanismos de legitimación de sus acciones y funcionan como móvil para impedir o facilitar las acciones de atención y apoyo a sus compañeras. Cuando la experiencia emocional se origina en el interés por su pareja, en un sentimiento de empatía o solidaridad y en la conciencia de ser corresponsable del hecho, esto facilita acciones de atención y cuidado hacia ella. En estos casos, los sentimientos de ansiedad, temor o desconcierto obedecen al interés por la salud y el bienestar de su pareja, que se agudizan por las condiciones de riesgo que implica un aborto clandestino. Ante la pregunta: "¿Tú qué hiciste?", ellos responden cuáles fueron los estados emocionales que vivieron y cómo estos sentimientos estuvieron acompañados por acciones de solidaridad y apoyo. Estas expresiones son un ejemplo:

"Preocupado porque no sabía lo que le fuera a pasar. No dejás de sentirte preocupado por la otra persona. Más que nada porque no podía hacer nada más, aunque quisiera estar

en su lugar, pasar yo por todo y que a ella no la tocaran, no se puede. Lo mínimo que se puede hacer es estar con ella, apoyarla, cuidarla, motivarla a seguir". ["¿Tú qué hiciste una vez que se tomó la decisión de abortar?"] "Fuimos al doctor estuve con ella en todo el proceso, la apoyé en todo lo que pude, vi que las cosas salieran bien, que no hubiera ninguna complicación" (29 años, unión libre, católico, sin hijos).

["¿Cómo

te sentiste?"] "Cuando supe del embarazo para mí fue muy agradable el pensar que existía la posibilidad de llegar a ser papá, después vimos que la situación no era favorable para tener bebés, entonces vino la angustia, la preocupación y el miedo. Me sentí triste porque no era fácil tomar una decisión así, sobre todo cuando está implicada otra persona. Yo siento que fue mucho muy difícil porque no era algo trivial, era algo muy importante y trascendental en la vida de ambos y... se tomó la decisión. Entonces buscamos dónde, juntamos el dinero y fuimos. Traté de estar siempre con ella, desde antes hasta después de que pasara, ver que todo saliera bien, apoyarla, estar con ella, cuidarla. Todo lo que ella necesitaba" (32 años, casado, católico, sin hijos. El aborto ocurre a los 25 años con su novia).

En las entrevistas aparecen tres situaciones en las que la experiencia emocional de los hombres funciona como recurso de legitimación.

ción para no apoyar las necesidades y derechos de su compañera: a) Cuando le atribuyen la intención de afectarlos o imponerles una decisión; b) Cuando perciben a su pareja como una persona autosuficiente que no los necesita o que los excluye deliberadamente; y c) Cuando su temor o preocupación por su propio bienestar se impone por encima de los derechos de ella. En estas situaciones el hecho de vivir el proceso de una manera ajena y distante facilita el ejercicio del poder y les permite evadir sus responsabilidades. Sus sentimientos operan como mecanismos de legitimación para descargar en las mujeres los costos y las responsabilidades, y les permite considerar como justas y correctas sus formas de actuar y la imposición de sus decisiones.

En el primer caso aparecen, por lo general, sentimientos de temor o irritación que se traducen en diversas formas de coacción o violencia en contra de su compañera. A la pregunta "¿Cómo te sentiste?", responden:

"Decepcionado, yo nunca pensé que ella fuera capaz de eso, de no cuidarse para tener un bebé [que] me separara de mi mujer y que me quedara con ella". ["¿Quién tomó la decisión?"] "Los dos, porque fue algo que de mi parte no estaba planeado ni podía haber otra solución. Realmente yo no quería tenerlo, si ella lo quería tener pues que lo tuviera, pero le dije que conmigo no iba a contar ni a volverme a ver". ["¿Tú qué hiciste una vez que se tomó la decisión?"] "Darle el dinero y ver qué pasaba,

después del aborto no la volví a ver" (29 años, casado, católico, dos hijos).

"¡Ay! tenía ganas de ser papá pero también de no cortar mi libertad. El asunto es que sí me sentía a gusto con el hecho de que iba a ser padre, pero yo había dicho algo de antemano y no se respetó. Además, tener un hijo sin padre no es la idea precisa de tener hijos. Hay que tener hijos pero en familia, pero no nada más porque la señorita quiere te tienes que casar a fuerzas". ["¿Tú qué hiciste una vez que se tomó la decisión?"] "Investigué cuánto costaba, hicimos la cita, fuimos, la vi como cuatro veces más y ya" (26 años, soltero, sin religión, sin hijos).

En el segundo caso aparecen principalmente reacciones de indiferencia o tranquilidad que se traducen en una falta de empatía respecto a los riesgos y necesidades de su compañera. Ellos señalan:

"..mira, ella me dijo que se cuidaba y a la mera hora me sale con que está embarazada y que era 'nuestro' problema, entonces yo le dije 'fíjate que no'... si hubiera sido una mujer con un menor nivel cultural o que ella no tuviera claridad de lo que estaba haciendo, bueno, pero así no. Ella no tenía por qué haberme metido en este lío. Finalmente decidió que era algo que no quería vivir, pero que el responsable de eso era 'yo' porque la había embarazado ¡Debí haberla mandado a la chingada!..." ["¿Tú

qué hiciste una vez que se tomó la decisión?" "Nada, si era su asunto que ella lo resolviera". ["¿Cómo te sentiste?"] "Yo tenía otras cosas que hacer, no pensaba mucho en eso" (42 años, divorciado, sin religión, sin hijos. El aborto ocurre en una unión libre cuando él tiene 39 años).

"Tranquilo, descargado". ["¿Tú qué hiciste una vez que se tomó la decisión?"] "En este caso yo suponía que si había mucho más equidad en experiencia, entonces la responsabilidad no era mía. ..No la acompañé a los análisis ni tampoco el día del legrado, a eso fue sola, yo sólo di una parte del costo. Como teníamos semejanza de edad y experiencia, asumí que mi responsabilidad era menor que en los casos anteriores" (44 años, divorciado, sin religión, tres hijos y dos abortos anteriores, éste ocurre cuando él tiene 38 años).

En el tercer caso aparecen principalmente sentimientos de ansiedad, temor e irritación.

"Sentí miedo de que se enteraran sus padres y los míos y sobre todo sentí miedo de arruinar mi vida". ["¿Quién tomó la decisión?"] "Yo, ella no quería pero la presioné para que aceptara". ["¿Tú qué hiciste una vez que se tomó la decisión?"] "Fuimos con el doctor y nos dio la cita, le di dinero para que fuera ese día al legrado y después que

pasó todo ya no la busqué más" (20 años, soltero, sin religión, sin hijos).

["¿Porqué se dio el embarazo?"] "Porque ella no se cuidó". ["¿Quién tomó la decisión?"] "Entre los dos.. Ella decía que quería tener al bebé, que se quería casar, pero yo no quería. Era demasiado compromiso para mí, era demasiada responsabilidad [así que] yo le dije que no quería tener al bebé y ella decidió al final que no, que no lo iba a tener". ["¿Cómo te sentiste?"] "Molesto, porque era algo que no debía haber pasado, no era justo para mí" (27 años, soltero, católico, sin hijos).

La culpa funciona en tres sentidos. Algunos hombres se sienten culpables por lo que está pasando su compañera y en estos casos sus acciones tienden al cuidado y la atención. En otros la culpa obedece a conflictos morales que les suscita una determinación como el aborto, pero no interfiere con acciones de apoyo y, por último, la culpa puede funcionar como un mecanismo que les permite descargar sus propios conflictos en su pareja y se expresa en violencia emocional hacia ella.

Un poco mal, no tenía remordimiento por el hecho, pero sí culpa por ella, no quería que sufriera. Más que nunca le demostré que la quería porque pensaba que ella lo necesitaba y yo también.. Busqué quien lo hiciera, conseguí el dinero, fui con ella, la llevé a correr y luego a descansar. Seguí amándola igual o más porque creo que ahora me necesitaba más" (24 años, soltero, católico, sin hijos).

"Ella lo consultó con el doctor primero y luego me preguntó a mí si estaba de acuerdo, yo le dije que sí. Cubrí el gasto, estuve presente ese día pero me quedé afuera esperando, estaba en el pasillo porque no quería saber nada. El doctor también me preguntó si yo sabía que 'eso' era algo ilegal, le dije que sí que no quería saber nada más, me concreté a cubrir los gastos y ya. Cuando salió nos fuimos a la casa y le dije 'olvídate de eso', no quería saber nada. Al día siguiente desperté arrepentido. Me arrepentí de haber participado y de haber aceptado, me sentía yo culpable" (27 años, casado, católico, sin hijos).

"Me sentía desubicado, culpable y bastante arrepentido". ["¿Quién tomó la decisión?"] "Ella lo propuso y yo acepté, pero no completamente, porque en ocasiones la herí por el resentimiento que sentía hacia ella. La hacía sentir culpable por no querer afrontar su maternidad. Le reprochaba y ella se molestaba, lloraba, me contraponía la situación y peleábamos" (29 años, soltero, una hija).

La idea de que los hombres tienen limitaciones para conectarse con los sentimientos de sus compañeras sexuales tiene sus matices. Ante la pregunta de cómo se sintió su pareja, la mayoría reconoce que muy mal (a diferencia de sus propios sentimientos donde prevalece la preocupación); en segundo lugar mencionan que triste o deprimida y en tercer lugar dijeron no saber cómo se sintió ella. Esta última respuesta expresa la distancia emocional que ponen muchos

hombres entre ellos y su compañera, pero también expresa las dificultades que enfrentan quienes tienen una relación cercana para identificar los sentimientos de su compañera e, incluso (eso no lo sabemos), para realizar atribuciones acertadas sobre lo que significó para ella la experiencia del aborto.

Cuadro 3 • ¿Cómo piensas que se sintió ella?

| <i>Sentimiento</i> | Frecuencia |
|--|------------|
| • Muy mal, mal | 24 |
| • Triste, deprimida, cabizbaja | 16 |
| • No sé | 13 |
| • Bien, tranquila, aliviada | 12 |
| • Asustada, con miedo | 10 |
| • Preocupada, presionada | 10 |
| • Enojada, decepcionada, resentida conmigo | 8 |
| • Confundida, desconcertada | 7 |
| • Culpable, arrepentida | 6 |
| • Sola, desprotegida, abandonada | 5 |

La capacidad o incapacidad que tienen los hombres para experimentar los sentimientos de su compañera como algo conectado consigo mismo, está por supuesto relacionada con la existencia o no de un vínculo amoroso, con el significado que tiene para él la relación de pareja y con sus propias características personales y biográficas.

Pero en este proceso juega la capacidad que han desarrollado para sentir empatía o solidaridad con todas las mujeres con quienes comparten su vida sexual. Es aquí donde reside la mayor dificultad de muchos hombres y lo que se erige como un verdadero obstáculo para reconocer y atender las necesidades de las mujeres. Un embarazo no deseado marca un punto crítico en la relación de pareja y se presenta como un evento que permite tender puentes de unión y solidaridad con su compañera (aunque sólo sean transitorios) o abre un abismo entre ellos que se expresa en una absoluta insensibilidad ante lo que ella está viviendo. El nivel de cercanía o distancia dibuja su experiencia emocional y facilita comprometerse o desatenderse de los riesgos físicos y emocionales que representa el aborto para su compañera.

Llama la atención la percepción que tienen algunos hombres de que su pareja se sintió sola, desprotegida o abandonada, incluso cuando ellos la acompañaban. Esta idea expresa las dificultades que tienen algunos hombres para prestarle apoyo emocional a las mujeres, aun cuando lo deseen, más todavía en situaciones en las que ellos a su vez se encuentran también afectados. Pero además expresa la sensibilidad que empiezan a desarrollar algunos de ellos para percibir el estado emocional de sus compañeras y para responder a sus necesidades, a pesar de todas las dificultades que esto supone.

Conclusiones

Entre las representaciones de género en nuestra sociedad, una de las más fuertes se asocia con la idea de los hombres como seres in-

sensibles. Se dice que ellos no son emotivos ni emocionales, que no expresan sus sentimientos o lo hacen con mucha dificultad. En realidad, los varones tienen muchas formas de expresión emocional, incluso a lo largo de la historia ellos, como clase, han expresado sus sentimientos hacia las mujeres y lo han traducido en religiones, leyes, teorías. Han institucionalizado sus sentimientos y los han

¹³ John Stoltenberg. *Refusing to Be a Man, Essays on Sex and Justice*, Penguin Books, Boston, 1990.

expresado en las instituciones que ellos crearon.¹³

Esta institucionalización de los sentimientos ha servido, por una parte, para reproducir un orden genérico que legitima las desigualdades y, por la otra, para ocultar el hecho de que los sentimientos forman parte de las estructuras sociales de poder. En el caso del aborto, la forma en que se vive este hecho es determinante. No es sólo un tema que tenga que ver con preferencias y valores individuales, es fundamentalmente un hecho con alto significado moral y político. La experiencia de los hombres ante el aborto forma parte de las relaciones institucionales de poder, un poder que es aún menos visible porque ocurre en dos espacios considerados femeninos: el de la reproducción y el de las emociones. De ahí que las fuentes de poder más importantes en las relaciones heterosexuales se encuentren en el control que los hombres ejercen en estas dos esferas.

Estas fuentes de poder las otorgan, por una parte, las doctrinas jurídicas, religiosas y morales fuertemente androcéntricas; por la otra, las representaciones sociales de la masculinidad que hacen aparecer como inevitables ciertas prácticas y formas de relación; y finalmente, la posición individual que tiene cada hombre frente a su

pareja, mediante su experiencia, sus poderes y recursos. En este marco, cada situación específica de aborto se define de acuerdo con la posición que tiene cada uno frente al otro en términos de los lazos que los unen y de los poderes con que cuentan para imponer o resistir. No obstante, este poder no es fijo, sino que se modifica, se fortalece o se debilita en función de las condiciones y el sentido que adquiera la relación para cada uno. El vínculo amoroso puede jugar en ambos sentidos: para equilibrar poderes o para imponer la ley de uno sobre la otra.

Los participantes en este estudio, hombres urbanos de sectores medios y escolarizados, no son representativos de la sociedad mexicana; pero sus respuestas reflejan el significado que tiene la experiencia del aborto en su trayecto de vida y el doble papel que juega para abrir espacios de solidaridad y empatía con las mujeres, que a su vez puede facilitar el respeto a sus derechos y el apoyo a sus necesidades, o bien para crear distancias que justifiquen las imposiciones y les permita eludir su responsabilidad ante las consecuencias de sus prácticas sexuales. El reposicionamiento político de la derecha en México ha facilitado esta última posición y ha brindado argumentos a los hombres para hacerse partícipes, aún sin saberlo o desearlo, de este proceso que tiende a negar a las mujeres como sujetos de derechos y a limitar sus posibilidades para decidir sobre su cuerpo y sus opciones reproductivas.

Sin embargo, esta política tiene costos también para los hombres. No sólo porque la experiencia del aborto en sí puede ser una experiencia difícil para muchos de ellos, sino porque el atentado a

los derechos reproductivos de las mujeres puede ser también un atentado contra sí mismos. La maternidad impuesta se puede volver también una paternidad impuesta. Las normas y leyes que penalizan el aborto también limitan los derechos reproductivos de los hombres al coartar sus posibilidades para decidir cuándo y con quién desean procrear, así como el derecho de vivir la sexualidad y la reproducción de manera gozosa. Los riesgos de un aborto clandestino son asimismo una pesada carga para ellos, porque a los hombres les alcanza —aunque en una menor proporción— la condena moral y legal, las responsabilidades económicas y las presiones emocionales de los abortos clandestinos. Además, para muchos hombres la salud y la vida de sus compañeras es tan importante como su propia salud y su propia vida.

Vale la pena reflexionar que las representaciones sociales sobre la vida emocional de los hombres son más que estereotipos, constituyen formas de conocimiento práctico producido y vehiculado en la vida cotidiana por los hombres mismos, por las instituciones y por quienes los rodean. Estas representaciones están ancladas en el lenguaje, la comunicación, los valores y los esquemas de percepción de la realidad; por ello, cuando los hombres hablan de sus experiencias sobre el aborto, están hablando también de su sociedad y de la forma en que juegan los procesos emocionales en el mantenimiento de las estructuras de dominación del orden genérico; las experiencias emocionales pueden ser un recurso para construir relaciones más solidarias o para profundizar las asimetrías de poder.